



# Nuevo Arte Religioso en el Perú

por Juan Acha

Un reducido número de sacerdotes católicos anda muy preocupado con la renovación del arte llamado religioso (entre los europeos: Morel, Regamey, Couturier, Ledeur, etc.; y entre nosotros, los pocos miembros de "Renovare"). Ya se tiene conciencia que la ornamentación grandilocuente y la imaginería cursi y afeminada, son contraproducentes desde todos los puntos de vista actuales. No tanto quizá porque no concuerden con la sensibilidad moderna o con los postulados de la avanzada artística, sino porque la ostentación resulta hoy insultante para la miseria de las clases humildes, hacia las cuales el grupo liberal del catolicismo concentra todos sus desvelos. Movidado por un auténtico cristianismo, este grupo está interesado en el hombre de carne y hueso. Actitud e ideal nuevos

que demandan formas artísticas nuevas. ¿Y qué mejor que el arte moderno —reflejo de la crisis y de la búsqueda angustiosa del hombre actual en colisión con su sociedad— para este humanitarismo religioso?

K. Lederberger en su "Kunst und Religion in der Verwandlung" (Koeln 1961), llega a la conclusión de que el arte religioso no puede seguir siendo sacro. Ha caducado, pues, aquel sacralismo que divinizaba la obra artística, que hipostáticamente atribuía santidad a una madera o mármol. De allí que Chagall —judío él— pueda decorar con toda idoneidad una iglesia católica.

Hablar de arte religioso es, por consiguiente, lo mismo que hablar de arte industrial; esto es, estamos ante un arte aplicado. En el caso del religioso, será funcionamiento ambienta-

tor del servicio parroquial, más que del ritual. El rito mismo, el terror o el misterio escatológico no interesan artísticamente como problema. Y es que la religiosidad y el arte tienen mucho en común. La supresión abstraccionista de la figura —sujeta ésta siempre a cánones de belleza y, por ende, a prejuicios raciales— se acomoda mejor a un cristianismo moderno. Kandinsky hablaba de que ir hacia el arte y quedarse en la figura, es el mismo error que ir en busca de Dios, y quedarse en la mera imaginería.

La poca educación artística del clero nacional y español son visibles en el Perú. Sin embargo, se ha mejorado con la llegada de sacerdotes de origen transpirenaico y con la educación europea de algunos nacionales. La mejoría en

nuestro medio la podemos ver, por ejemplo, en la iglesia parroquial "Jesús Obrero" (Calle San Felipe-Surquillo; párroco: R. O. Víctor Mairt), decorada por Adolfo Winternitz. El edificio es sencillo y no se diferencia mucho de una pequeña factoría moderna cualquiera. En el fondo curvo del interior, Winternitz ha ejecutado una gigantesca pintura en grises de factura texturalista. Desde el punto de vista decorativo, la solución es buena, aunque tirando un poco a la escenificación teatral. Con todo, esta pintura logra dar al altar un perfil muy evocador del ambiente paleocristiano.

Como tragaluz que ilumina el altar, se ha recortado en el techo una forma alusiva al Espíritu Santo. El altar es una simple tabla sobre una piedra en bruto.

En el centro del techo y aprovechando las líneas del soporte metálico, Winternitz ha diseñado un vitral muy despejado, sereno y de hermoso ritmo cromático y lineal. Obligado por la economía de medios aquí Winternitz llega a una ligera simplicidad. El vitral adquiere autonomía y no se pierde como un elemento decorativo más. Muy lejos estamos y de ese barroquismo decorativo que siempre caracterizó a los vitrales; para nosotros, desver tajosamente.

Los feligreses —obreros e su mayoría— han respondido favorablemente a este ambiente anónico, austero y moderno. Al fin y al cabo, su sensibilidad no ha sido aún adulterada por esa seudocultura que, propia de las clases acomodadas, casi siempre tira a lo cursi y a la ostentación.